

Cataluña 1980-2010: de la ilusión a la decadencia

(Fundación Concordia — Madrid, 18-11-2010)

—Aunque el título de este seminario fija un periodo concreto, 1980-2010 —los años de autonomía plena, con Estatuto vigente—, en mi comunicación, si me lo permiten, voy a abrir algo más la horquilla. Al principio y al final. Al principio, porque la década de los 70 es una década crucial para entender lo que va a ocurrir, en el campo de la cultura, a partir de 1980. Y al final, porque esa decadencia a la que alude el título permite presagiar —con toda la prudencia que sea menester, por supuesto— lo que nos espera en un futuro más o menos inmediato.

—Vayamos con el principio, pues. Los setenta, en Cataluña —y, sobre todo, en Barcelona—, han sido recordados y revividos, en los últimos tiempos, como una fiesta. Lo han hecho Federico Jiménez Losantos, Pepe Ribas, Oriol Regás y Luis Racionero, entre otros. Yo mismo he escrito sobre ello, en la medida en que también lo viví. ¿Qué fue lo que originó la fiesta? No creo equivocarme demasiado si digo que la causa principal fue el ansia de libertad, por contraposición a la dictadura reinante. Pero también influyeron lo suyo los efectos del movimiento hippy y del mayo del 68. A juzgar por la cultura ambiente, fueron años de individualismo, de autodidactismo, de desprecio por el dinero y por el poder. Barcelona se convirtió en el epicentro de la cultura española. Muchos artistas e intelectuales madrileños lo tenían entonces muy claro: el éxito pasaba por Barcelona. Y allí se iban en cuanto veían la ocasión.

Ahora bien, junto a ese movimiento se daban otros muchos. Sobre todo a partir de la muerte de Franco. Quien primero lo advirtió y lo sufrió en carne propia fue Jiménez Losantos. Lo ha contado él mismo en sus libros. Entre los distintos encontronazos que tuvo hay uno muy significativo: el que se originó con la publicación de una encuesta, en el verano de 1977, en la revista *Taula de canvi*, próxima al PSUC, o sea, a los comunistas catalanes —aunque en el Consejo de Redacción de la revista figuraran también reputados miembros del sector nacionalista del PSC y algún independiente independentista que iba a terminar sus días en ERC¹—. Esta encuesta tenía que ver con los escritores catalanes que se expresaban literariamente en castellano. Y con su futuro. Una de las preguntas planteaba lisa y llanamente si se trataba de “un fenómeno coyuntural a liquidar a medida que Cataluña [asumiera] sus propios órganos de gestión política y cultural”. Literal. Contestaron toda clase de escritores —de importantes escritores—, en catalán y en castellano. Entre los primeros, el sí fue prácticamente unánime. Entre los segundos —o sea, entre los directamente afectados— el sí fue, cuando menos, significativo. Por ejemplo, en la pasión con que Carlos Barral aceptaba su propia liquidación como escritor. O en la resignación con que Paco Candel o Luis Goytisolo asumían la suya.

En síntesis: mientras Barcelona era una fiesta, otros iban ya preparando el terreno para tomar el Palacio de Invierno. Es verdad que quien lo tomó finalmente en 1980 —de forma democrática, todo hay que decirlo— no fue la izquierda, sino el nacionalismo. Pero tampoco debería olvidarse que el PSUC no era el PC. Quiero decir que el PSUC había aunado siempre comunismo y nacionalismo. De ahí su transversalidad. Y el PSC

¹ Isidre Molas y Antoni Castells, en un caso, y Jordi Carbonell, en el otro. La nómina completa de este

no le andaba a la zaga. En el fondo, si en algo se parecen nacionalismo e izquierdismo —de la intensidad que sea— es en su fermento totalitario. Ambos aspiran a transformar la sociedad, a moldearla a su antojo, a impedir que los ciudadanos puedan participar libre y responsablemente de sus destinos.

Y aún sucedió otro hecho significativo en aquel final de década de los setenta. Ocurrió, probablemente, a finales de aquel año 1977, justo después de que Josep Tarradellas fuera investido, por obra y gracia de Adolfo Suárez, presidente de la Generalitat provisional. Hubo una reunión entre Iñigo Cavero —a la sazón, ministro de Educación y Ciencia— y Tarradellas para poner en marcha la enseñanza del catalán en la escuela. El ministro asistió a ella con gran prevención. Iba a proponerle, a aquel viejo republicano, un modelo de enseñanza bilingüe y no sabía cómo reaccionaría su interlocutor. Pues bien, el interlocutor reaccionó aliviado. Según propia confesión, el entonces presidente de la Generalitat tenía pensado proponer lo mismo.

—Este era, pues, el panorama a comienzos de 1980 en Cataluña. Coincidían una aparente ansia de libertad —en lo social y en lo político, y muy especialmente en lo cultural— y una asunción tácita —esto es, bastante extendida— de que semejantes anhelos iban a satisfacerse tarde o temprano. Y lo más importante: de que iban a poder satisfacerse con independencia de la lengua en que se expresaran. Todo esto constituía, sin duda, una ilusión. Y esa ilusión tenía un continente ideal, largamente reivindicado: la autonomía. Un continente que había traído Tarradellas desde el exilio, pero que ya no iba a administrar él.

Lo iba a administrar el hombre que más había maquinado —junto a los comunistas catalanes— para que Tarradellas se quitara de en medio cuanto antes. Este hombre, claro, era Jordi Pujol. Representaba el nacionalismo conservador, y aspiraba a representar no sólo al conjunto del nacionalismo, sino al conjunto de la autonomía. O sea, a Cataluña entera. Como estuvo 23 años en el poder de forma ininterrumpida y se fue por su propio pie, no queda más remedio que reconocer que lo logró. Durante todo este tiempo Pujol fue Cataluña, y Cataluña fue Pujol. De ahí que la cultura catalana de esos años fuera en gran medida la que Pujol alcanzó a proyectar desde el poder.

—Pero, antes de describir en qué consistió ese modelo —si modelo hubo—, me van a permitir que aclare lo que podría ser, a estas alturas de mi intervención, un malentendido. Me corresponde hablar de la cultura producida en Cataluña a lo largo de esas tres décadas. Y me he referido a esa enorme ansia de libertad que caracterizó la década inmediatamente anterior y, muy en particular, los últimos años, los que siguieron a la muerte del dictador. Podría, pues, inferirse fácilmente de cuanto vengo diciendo que el advenimiento de un régimen democrático, de un régimen de libertades, con una Constitución sancionada por la inmensa mayoría de los ciudadanos, constituye ya de por sí una garantía de la existencia de una cultura dinámica, varia, ligada a la realidad, profunda y enriquecedora. Nada más falso. Del mismo modo que no tiene por qué establecerse una relación causal de este tipo —y lo sucedido en Cataluña en el periodo que nos ocupa lo demuestra a las claras—, tampoco tiene por qué establecerse la relación inversa: la que da por hecho que toda producción cultural en un marco falto de libertades —o con las libertades seriamente reprimidas por un régimen de corte

dictatorial— tiene que ser, por fuerza, pobre, sectaria y, en definitiva, destinada al olvido. Basta con repasar lo acontecido en España a lo largo de los años sesenta y setenta del pasado siglo para convencerse de lo contrario. Y, si me apuran, hasta en la segunda parte de los cincuenta.

—Ya desde el primero de sus gobiernos, el proyecto cultural de Jordi Pujol se caracterizó ante todo por una idea —si así puede llamarse—: la de reconstruir Cataluña. Es lo que Pujol ha llamado siempre, en los papeles y en los discursos, “*fer país*”, “hacer país”. Pero esa reconstrucción, en contra de lo que sería predecible, no consistió en rehacer una Cataluña existente, sino una Cataluña que no pudo ser. Una Cataluña soñada, en una palabra. (Para entendernos: aquella que tuvo su embrión en la Segunda República.)

De ahí que el factor identitario fuera el único realmente significativo. Difícilmente encontraríamos otro, no ya al inicio del pujolismo, sino también al final. Lo cual no significa que esa cultura de la identidad tuviera que plasmarse siempre del mismo modo. Pero, no crean, incluso en eso la variedad es limitada. Así, a grandes rasgos, yo diría que en el campo de la cultura catalana no hubo, en esos 23 años, más que dos políticas: una política lingüística y una política de la piedra. Y las dos, por supuesto, identitarias.

De la primera, poco les voy a contar que no sepan ya. Si acaso no estará de más recordar que la Dirección General de Política Lingüística estuvo siempre adscrita al Departamento de Cultura —al contrario de lo ocurrido en el País Vasco, donde dependía de Presidencia²—. De ahí que en cuantas manifestaciones culturales recurren al lenguaje

² Ahora está, si no ando equivocado, en el Departamento de Cultura.

verbal como medio de expresión —literatura, teatro, cine (¡hasta cine mudo!³), canción (de cantautor: *nova cançó*)— la Generalitat cuidara única y exclusivamente de las que se servían del catalán. Y aquí “cuidar” significa, a un tiempo, amamantar y apadrinar. O sea, subvencionar, promocionar y reconocer como propio. (Por supuesto, junto a esa producción cultural en catalán ha habido siempre una en castellano. Pero, al margen del poder, en el ámbito estrictamente privado, allí donde no rige otra ley que la de la oferta y la demanda —excepto, claro está, cuando aparece la subvención—. No hace falta añadir, supongo, que en términos cuantitativos esa producción cultural en castellano ha sido siempre infinitamente superior a la catalana correspondiente. Y, en términos cualitativos, si no infinitamente, sí en gran parte.)

Esa política lingüística, con todo, ha tenido también un desarrollo paralelo al producido desde el Departamento de Cultura. Por un lado, en el campo de la Educación. Por otro, en el de los medios de comunicación públicos. Y sobra decir que ese desarrollo paralelo ha influido enormemente, en ambos casos, en la cultura proyectada sobre el cuerpo social. En el primer caso, a través de la escuela, donde no sólo se ha convertido el catalán en la lengua única de la enseñanza, sino que se ha imbuido a las generaciones más jóvenes, mediante la selección de los contenidos y de los docentes que deben impartirlos, un sentimiento identitario y, en consecuencia, profundamente antiespañol. (Y cuando hablo de escuela, hablo tanto de la pública como de la concertada; o sea, de casi toda la escuela catalana.) En el segundo caso, mediante la radio y la televisión públicas —Catalunya Ràdio y TV3—, que, aparte de consolidar el estatus del catalán como única lengua institucional, han inoculado desde su nacimiento —hace ya 27

³ Un cortometraje interpretado por *El Tricicle* no pudo optar a un premio porque el título era en

años— el mismo sentimiento identitario y antiespañol.

—Todo eso en lo referente a la política lingüística. En cuanto a la llamada “política de la piedra”, el principal objetivo ha sido la creación de una red de infraestructuras, organismos e instituciones propias, a las que se ha añadido, sin reparo alguno, el adjetivo “nacional”. Hoy en día existe en Cataluña, por poner algunos ejemplos, un teatro nacional, un museo nacional o un archivo nacional —como existen también, aunque no sean de piedra, una orquesta nacional, una radio nacional o unos premios nacionales—. Al fin y al cabo, todo ello contribuye a crear esa ilusión de Estado a la que se aferran siempre los nacionalismos periféricos. Y refuerza, por añadidura, ese trato de tú a tú con el Gobierno de España, esa negociación entre iguales a la que siempre ha aspirado el nacionalismo catalán —recuérdese, en este sentido, la famosa bilateralidad que el Estatuto de 2006 pretendía consagrar—. Por supuesto, todo ello tiene un coste bárbaro y una rentabilidad muy dudosa si exceptuamos la que opera en el orden simbólico. Pero, en fin, esa ya es otra cuestión.

Siguiendo con esa bilateralidad, resulta hasta cierto punto sorprendente que a nadie se le haya ocurrido aún resucitar las viejas jornadas o encuentros o congresos entre, por un lado, escritores españoles —léase, no catalanes— en castellano y, por otro, escritores catalanes en catalán. O, si se me permite la expresión, entre intelectuales de una y otra zona. Los hubo durante las dictaduras —la de Primo de Rivera, la de Franco— y no los ha habido, en cambio, durante la democracia. ¿Será que ya no convienen? ¿Será que ya no son necesarios? ¿Será, simplemente, que a nadie le interesa

castellano.

ya perder el tiempo? En *Las voces del diálogo*, un ensayo que trata de los intentos por parte de los Ridruejo, Laín, Aleixandre, Riba, Manent o Teixidor, en los primeros años cincuenta del pasado siglo, de recomponer la relación entre ambas literaturas tras la fractura de la guerra civil, se recogen unas palabras de Aleixandre que tal vez arrojen algo de luz sobre el particular. Son de 1952 —y recuérdese que el poeta sevillano era uno de los que participaba de esa voluntad de diálogo—: “Los catalanes no se contentarán con que puedan publicar sus libros en catalán, lo que es enteramente justo, sino que en una nueva etapa, cuando llegue, si es que llega, la democracia, querrán que toda la enseñanza en Cataluña se dé en catalán y el castellano quede completamente desplazado”. Como pueden ver, nuestro Nobel no andaba del todo descaminado.

—Les decía hace un momento que el proyecto cultural de Jordi Pujol no tuvo otra característica que la estrictamente identitaria. Y que ello se tradujo en dos clases de políticas: la lingüística y la que he llamado “de la piedra”. Tal vez ya sea hora preguntarnos qué hacían los demás. O sea, la oposición, que en este caso correspondía principalmente al PSC, a los socialistas catalanes. Respondo al punto: como oposición no hacían nada. Hasta añadiría que esperaban la muerte de Pujol, como habían esperado en décadas anteriores la del dictador. Esa apatía no era únicamente fruto de su incapacidad; lo era también de su propia convicción. O sea, de su acuerdo, más o menos tácito, con la política cultural que se estaba llevando a cabo. Si recuerdan lo que les comentaba al principio a propósito del número aquel de la revista *Lletra de Canvi* del verano de 1977, convendrán conmigo en que no cabía esperar nada distinto de quienes con el tiempo iban a ocupar en el PSC y en el PSUC —y, en menor medida, en la propia

ERC— cargos de suma importancia. ¿Cómo no iban a aplaudir, aunque fuera de tapadillo, una política cultural reducida prácticamente a una política lingüística eminentemente identitaria quienes consideraban ya entonces a los escritores catalanes de expresión castellana “un fenómeno coyuntural a liquidar”?

Es cierto, y sería injusto olvidarlo en esta comunicación, que existía también el Ayuntamiento de Barcelona. Es decir, Pasqual Maragall. Y que la política cultural del Ayuntamiento barcelonés fue siempre más liberal —o sea, más cultural, si se me permite el juego de palabras— que la que emanaba de la Generalitat y, en general, de las instituciones gobernadas por CIU. Por poner algunos ejemplos, más o menos significativos: el Ayuntamiento organizaba ciclos de flamenco, programaba conferencias en castellano —tanto si el conferenciante era catalán como si no lo era—, favorecía el intercambio de actividades culturales con otras partes de España, etcétera. Lo cual no impedía que también pagara gustoso el peaje de la discriminación positiva de los productos que tenían el catalán como lengua de expresión. Pero, en fin, entre discriminación positiva y exclusividad media todavía un buen trecho.

—Sea como sea, esa ilusión de una alternancia cultural —o, si lo prefieren, de una cultura alternativa— duró lo que duró Maragall en sus tareas estrictamente municipales. El día en que el alcalde se quitó la máscara olímpica para mostrar su frente patriótica con el objetivo declarado de suceder a Pujol en la poltrona autonómica todo cambió. O todo se aclaró. La identidad volvió a convertirse en el eje de cuantas propuestas culturales emanaban de las filas de la oposición. Y cuando a los socialistas les llegó, por fin, la hora de mandar —con el propio Maragall y luego con José Montilla—, no sólo

estuvieron al nivel de sus predecesores, sino que pusieron incluso el listón mucho más alto. ¿Que fueron los republicanos, sus socios de gobierno, quienes llevaron a cabo esa política? En absoluto. Fueron unos y otros, ora en Cultura, ora en Educación, quienes aplicaron el programa común acordado en el Pacto del Tinell —eso sí, con la política lingüística desgajada ya de Cultura y en manos de Josep-Lluís Carod-Rovira—. ¿Que ello no habría sucedido si ERC no hubiera formado parte de la coalición de Gobierno? Tal vez, pero sin su concurso los socialistas nunca hubieran mandado. Y luego, qué quieren, a un adulto hay que pedirle cuentas de sus actos. Sólo faltaría que, encima de que fueron los socialistas quienes se echaron en brazos de los republicanos, hubiera que exonerarlos ahora de toda responsabilidad en lo ocurrido.

—La consecuencia última de esas tres décadas de autonomía es una cultura encerrada en sí misma, incapaz de producir ninguna obra que tenga un mínimo relieve, falta del imprescindible debate de ideas —en la medida en que las ideas, claro está, tampoco abundan⁴— y que ha perdido desde hace lustros la capitalidad de que gozó en otro tiempo⁵. Una cultura, por lo demás, cara. Y despilfarradora. Muchas de las infraestructuras culturales levantadas durante estos años tienen unos índices de ocupación ínfimos. Pero lo único que hacen los políticos de uno y otro signo —y, en especial, los de izquierda— ante esta realidad es incrementar más y más el presupuesto,

⁴ ¿Cómo van a abundar en un territorio donde los directores de los doce periódicos allí censados son capaces de firmar un editorial conjunto a favor de un Estatuto cuya constitucionalidad está *sub iudice* y en contra del Alto Tribunal que debe pronunciarse al respecto? ¿Cómo van a abundar en un territorio donde más de sesenta columnistas son capaces de hacer lo propio con un texto de opinión? ¿Qué puede esperarse, en fin, de una cultura subvencionada hasta las cejas, donde el dinero público no sólo riega el campo que le sería propio, sino también el de las iniciativas privadas de mayor o menor formato?

sin pararse nunca a considerar el grado de eficacia en la gestión y, sobre todo, la necesidad misma de gastar parte del erario público en aquello en que lo gastan.

—Llegados a este punto, no queda más remedio que preguntarse, emulando a otro de nuestros premios Nobel, el más reciente de ellos, “en qué momento se jodió el Perú”. Pues yo creo que muy pronto. Y que lo demás, lo que ha venido después, no ha sido sino un proceso de decadencia inevitable, cuyo último estadio —también en lo cultural— fue el Estatuto de Autonomía de 2006, sobre todo en su versión inicial, la salida del Parlamento de Cataluña. Lo dejó escrito —espléndidamente escrito— Arcadi Espada en su *Informe sobre la decadencia de Cataluña reflejada en su Estatuto* y a él les remito. (Pero he dicho que este ha sido el último estadio y debería haber dicho el penúltimo. Primero, porque luego ha venido la espectral figura de José Montilla, máxima expresión, sin duda, de esta decadencia. Y luego porque lo que nos espera no creo que vaya a mejorar —aunque sí puede ponerle algo de orden— lo que tenemos en estos momentos.)

Pero volvamos a la pregunta: ¿en qué momento se jodió la cosa? A juzgar por el artículo que Félix de Azúa publicó el 14 de mayo de 1982 en *El País*, bastante pronto. En aquel texto, titulado “Barcelona es el *Titanic*”, Azúa sostenía, con un sinfín de pruebas, que “ya todo pasa en Madrid” y que “la política cultural catalana (...) está en manos de unos ferósticos embarretinados”. En lo único en que Félix no acertaba era en lo que podríamos llamar la alternativa. Él la ejemplificaba en un nombre, Josep M.

⁵ No sólo los indicadores económicos lo ratifican —el último baluarte es la edición, pero con Madrid ahí mismo, pegadito—; también el éxodo de artistas e intelectuales hacia la capital de España, tras dar sus primeros pasos en Cataluña.

Castellet. O sea, el hombre al que los socialistas habían metido en las listas para dirigiera la cultura autonómica, convencidos como estaban de que la victoria era suya. Como es natural, ignoro qué hubiera hecho entonces Castellet de haber podido hacer algo. Pero sí sé, por ejemplo, lo que pensaba tres años antes, dado que él también había respondido a aquella encuesta que animaba a los escritores catalanes que escribían en castellano a hacerse el harakiri. (No sólo la había respondido: también la había urdido, en la medida en que formaba parte del Consejo de Redacción de la revista y en que había sido designado por este Consejo para llevar a cabo semejante labor.) Castellet pensaba lo siguiente —son palabras textuales—: “la «homogeneización» lingüística —es decir, la liquidación del «fenómeno coyuntural» a que aludía la cuarta pregunta de la encuesta— en unas circunstancias «normales» para la cultura catalana un día u otro debería producirse siempre y cuando no vuelva a interrumpirse el proceso democrático”. ¿Conformidad? ¿Resignación? ¿Fatalidad? De un modo u otro, aceptación del *statu quo*. O sea, del nacionalismo.

—Por todo ello, me van a perdonar si concluyo esta intervención con cierto pesimismo. Aunque me gustaría ver las cosas de otro modo, no puedo verlas, qué le vamos a hacer, más que como son. La realidad siempre se acaba imponiendo. Y la realidad nos dice que Cataluña, hoy por hoy, es un país decadente. Y, en muchos órdenes, un país destruido. Este es el caso, a mi entender, de la cultura —cuando menos, de la cultura oficial o dependiente del poder; la otra, la que tiene el arrojo de no arrimarse al dinero público, no puede considerarse propiamente cultura catalana y mejor sería llamarla, simplemente, cultura española—. Y ello es así, además, porque no podía ser de otro modo. A los

precedentes me remito. Sí, la cosa se jodió muy pronto. Y, a partir de ahí, no ha hecho más que pudrirse.

¿Tienen estos males remedio? Pues, la verdad, mientras gobierne el nacionalismo —de forma efectiva o por delegación— mucho me temo que no. Y no acierto a vislumbrar, al menos de momento, una Cataluña en la que el nacionalismo, de un modo u otro, deje de gobernar. Es decir, de mandar. Quizá porque ya me pesan los años y uno se acaba volviendo, con el tiempo, demasiado realista.

Muchas gracias por su atención,

Xavier Pericay